

# La abuela Carlota y Olavide

*Leonardo del Arco Lloreda*

La historia, nos comentaba hace ya unos años mí querido profesor D. Manuel Capel Margarito, había que explicarla con hechos, pero sobre todo necesitaba comprobaciones antes y después. Aunque hacía bastante tiempo que conocía la historia, que una y otra vez, me contaba la abuela Carlota, siempre me quedaba la duda de si efectivamente los hechos ocurrieron como ella los relataba, por lo que necesitaba comprobarlos. Pero no sabía cómo podría hacerlo...

Desde muy joven mostré interés por la lectura de cuantos artículos caían en mis manos, sobre todo lo relacionado con mi pueblo. De esta manera conseguí leer todo lo que pude de D. Manuel Capel y del amigo D. Guillermo Sena. Pero no era suficiente, me faltaban más referencias, más documentos, más datos. Así que todo lo que me contaba, tendría que esperar, hasta que el ciclo se completó con las investigaciones del también amigo D. Carlos Sánchez-Batalla.

Sobre todo a mis nietos, y sobrinos/nietos, a vosotros, descendientes de los colonos, va dirigido este relato, humilde, sencillo y sin ningún tipo de pretensión literaria. Solo es la historia de unas vivencias de nuestros antepasados, contadas por un abuelo y dirigidas a sus nietos, con el fin de que no olviden su historia. Con un ruego: apartaros de las fuerzas oscuras, y no tener la tentación de caer en el tono despectivo que algunos dedican a

los colonos con el ánimo de desprestigiar a las Nuevas Poblaciones y a su fundador D. Pablo de Olavide.

A la abuela le gustaba llevar prendido un ramito de jazmín en la solapa de su vestido; en ocasiones parecía que era allí de donde brotaba una y otra vez. La mirada de sus ojos grises pardos, el color de su pelo y el olor que desprendía estas pequeñas flores, influía para que con su presencia lo inundara todo.

Un buen día, como en otras ocasiones, me invitó a sentarme junto a ella y su vieja máquina de coser Näumann. Estaba atardeciendo y me pidió que le prestara atención, creí que me iba a contar una historia más de las muchísimas que sabía. Pero no comenzó como ella solía hacerlo, y me extrañó. Sin embargo, inició su conversación asegurándome que todo lo que iba a contar era cierto, que la historia sucedió, y que fue corta, dura y trágica. Lo que más le impresiono de lo que le contaron sus abuelos, fue, que en un momento crucial para las Nuevas Poblaciones hubo personas que parecían ser como Jueces Santos que blandían sus espadas de llamas y demonios, y sobre todo, los escándalos que daba con sus paisanos alemanes un Fraile “con muy malas uvas”, cuyo nombre no quería ni recordar. El apellido del citado fraile se parecía al de la máquina de coser y ella tenía un motivo para recordar al “iracundo rubión” (sus abuelos lo nombraban de esa manera), al parecer, él se autodenominaba como el “enviado”, el jefe protector de sus compatriotas y fundador de una sociedad con un nombre en latín, un tanto rara, parecido a *Fraternum*....



De esta forma siguió relatándome como nuestros antepasados más directos, los Alsacianos y Palatinenses Simón Wilt, Cristina Fetschin, Juan Smith, Isabel Seilerin y Miguel Mayer fueron colonos fundadores de estas Nuevas Poblaciones; y como se **integraron** al poco tiempo con otros antepasados, los españoles y colonos, Juan Lloreda, Rosa Amell, Manuel del Arco y su esposa Rosa de Miras, Pedro Camacho y José Borrás, que procedían de las provincias españolas de Barcelona, Cuenca, Ciudad Real y Valencia.

El éxito de esta experiencia triunfó, a pesar de todos los pesares, a pesar del intento de tantos exorcistas que trataron de evitarlo pero no lo consiguieron, pues la genética es así de rara, y por eso estamos por aquí. Con estas uniones se irían cumpliendo uno de los objetivos marcados en los Fueros Especiales y desarrollados por nuestros fundadores Olavide y Campomanes: **La mezcla total y desde el principio, de los nuevos pobladores de Sierra Morena y Andalucía.**

Afirmaba que muchísimas veces los sueños se cumplen, y lo mismo que los poetas no pueden vivir sin Utopía, la de los colonos, pese a todos los impedimentos de la “burricie hispana”, caciques, terratenientes, algunas órdenes religiosas y el manipulado rey... se cumplieron.

Se quejaba de que Olavide, nuestro fundador, fuese tan confiado, y no se enterase de que se la jugaban en las reuniones que mantenía en el palacio, pues las lecturas y tertulias que mantenía con sus colaboradores e invitados, en las que en algunas ocasiones había participado el piadoso y taciturno fraile, le dejaron en manos de sus enemigos políticos y religiosos. La envidia y la delación, esos instrumentos tan españoles, se habían

puesto en marcha, pues el mencionado Romualdo tomaba sus correspondientes notas, todas ellas concernientes a la moral, al credo y al dogma (nada de nada en cuanto a malversación de fondos públicos), que después fueron acusadoras en el proceso al que fue sometido por la Inquisición. Así que “el sabio más peligroso que había en España”, según el fraile, iba labrando su camino. El negocio que se traían entre manos sus enemigos se había puesto en marcha y tanto Olavide como las Nuevas Poblaciones fueron *sentenciadas* (*proceso inquisitorio 1778*) para mayor gloria del rey ilustrado y sus secuaces. Los cronistas a sueldo, los curas y frailes lo celebraron por todo lo alto y las campanas repicaron a gloria bendita. El santo varón, fray Diego de Cádiz se dirigió (1782) desde el mismísimo balcón del palacio del “**diferente** “al pueblo de La Carolina, ni siquiera fue capaz de pronunciar su nombre, lo sustituyó por: “**Vuestro Poblador**”. Para finiquitar toda la obra, en 1835 abolieron los Fueros y apareció el gobernador y depredador D. Ignacio de Rojas, otro “enviado”, que se encargó de borrar cualquier vestigio del proyecto.

La abuela, con sus muchísimos años, parece que está un poco intranquila... Se duerme. Duerme tranquila pues; tus recuerdos pasarán a tus descendientes. En la habitación, el suave olor a jazmín, perdurará siempre...